

Aquiles, el primero de los héroes

Libro 4. Mitología para todas las edades



+8

Alicia García Herrera

WEEBLEBOOKS

ilustraciones
Cristina Vaquero



WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: Alicia García Herrera
Ilustraciones: Cristina Vaquero
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

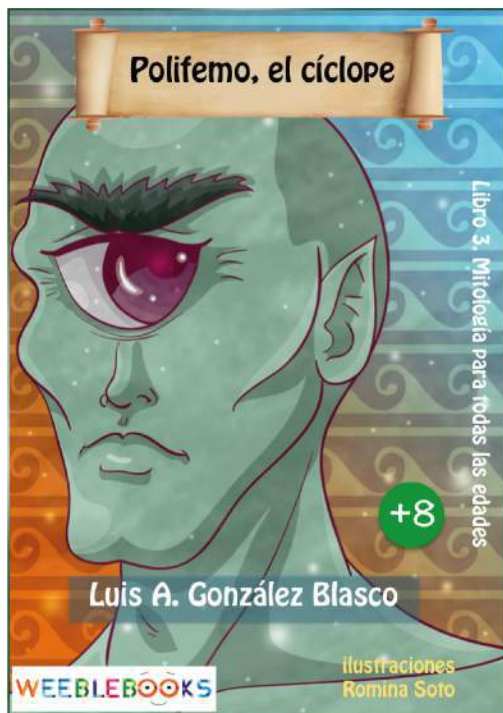
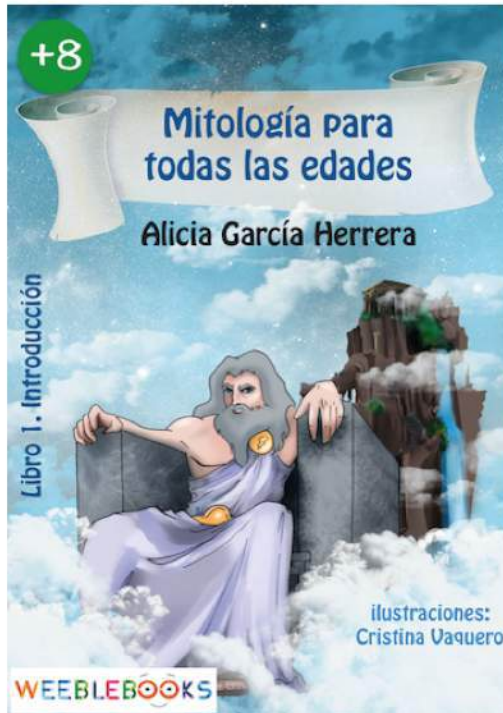
Madrid, España, octubre 2017



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Mitología para todas las edades

Descarga toda la colección ¡GRATIS!



WEEBLEBOOKS

www.weeblebooks.com

INTRODUCCIÓN

A padres y educadores

Hace varios miles de años, en la Antigüedad, las ayas griegas contaban a los niños historias llamadas *mythoi*. Estas historias no se diferenciaban en esencia de lo que hoy en día llamamos *cuento*, que podemos definir a grandes rasgos como “la narración de un suceso extraordinario, real o inventado”. La salvedad, sin embargo, es que los *mythoi* tenían como protagonistas a seres divinos o semidivinos que eran objeto de culto religioso entre el pueblo griego. También tenían como protagonistas a héroes que podían contar con el favor, o el disfavor, de esos mismos dioses.

Desde la Editorial WeebleBooks hemos querido recuperar la tradición del mito griego para acercarlo a los más jóvenes en una colección apta para ellos que les sirva de introducción a este apasionante mundo y que les encienda la curiosidad para profundizar en él.

Esto se hace absolutamente necesario en la actualidad, habida cuenta de que el estudio de los mitos clásicos no se contempla

en los programas escolares de los más pequeños, a pesar de la influencia que han tenido y tienen en nuestra cultura –basta ver las marcas comerciales o los videojuegos para comprobarlo–. Permitir el acceso de los menores al mundo del mito clásico de una manera sencilla y adaptada a su edad no puede sino resultar enriquecedor para su formación integral como seres humanos. Y todo ello porque el mito, como el cuento, es un instrumento que nos permite acceder a verdades que consideramos universales. El conocimiento de esa verdad es una armadura básica para poder afrontar las grandes dificultades que a veces nos ofrece nuestro tránsito vital, dificultades que no dependen del contexto histórico ni del tipo de sociedad circundante, en cuanto que son intrínsecas al ser humano.

Este libro es el cuarto título de la colección, donde presentaremos al primero de los héroes, Aquiles, *el de los pies ligeros*.

Esperamos que los disfrutéis.

¡Bienvenidos a este singular viaje en el tiempo!

AQUILES, EL PRIMERO DE LOS HÉROES

Hace mucho tiempo, en la edad de los grandes hombres y de los grandes héroes, tuvo lugar una guerra larga y cruenta que enfrentó a griegos y troyanos e incluso a los dioses entre sí, pues también éstos tomaron partido. Fue en esa guerra donde **Aquiles** se enfrentó a su destino.

Era Aquiles hijo de una nereida de nombre Tetis. Tal era la dulzura de Tetis que, tanto Zeus como Poseidón, disputaron por sus favores. Pero cuando ambos dioses supieron que, según la profecía, el hijo de Tetis sería mejor y más fuerte que su padre, dejaron de cortejarla y arreglaron el matrimonio de la bella diosa con un mortal, Peleo, rey de Ptia.

Aquiles nació fuerte y bello, rubio como Helios; pero sabiendo Tetis por la profecía que su hijo estaba destinado no sólo a la grandeza, sino también a morir en Troya, decidió regalarle el don de la invulnerabilidad. Para ello **sumergió al recién nacido en las aguas del río Estige**, que lamieron su cuerpo.



Creció Aquiles en el bosque junto al noble y **sabio Quirón**. El centauro lo alimentaba con tuétano de oso y de ciervo para que se hiciera fuerte y veloz. Los remedios de Quirón pronto dieron su fruto. Aquiles era vigoroso, pero también ágil y rápido, tanto que, años después, se le conocería como **“el de los pies alados”**. Tenía seis años Aquiles cuando cobró su primera pieza, un enorme jabalí, y Quirón se sintió orgulloso de él, pues había aprendido a ser valiente. Además de Quirón, también educó a Aquiles el mirmidón Fénix, hijo de los reyes de Beocia, a quien Quirón había devuelto la vista.

Cuando Aquiles ya era un muchacho y hubo terminado su instrucción, volvió a la casa de su padre. Un día, llegó a la corte de Peleo el rey Menotio de Opus, con quien Peleo había vivido algunas aventuras en su juventud. Menotio parecía muy apurado.

—Verás, mi hijo **Patroclo** y Clitónimo, hijo del rey Anfidamas, disputaron durante una partida de dados. Tan grande fue la querrela que Patroclo, en un arranque de ira, acabó con la vida de Clitónimo. Te ruego que acojas a mi hijo en tu corte y lo eduques bajo tu mano.

Fue así como Patroclo quedó bajo la custodia de Peleo y gozó durante años de la amistad y afecto de Aquiles, a quien aventajaba en edad.

Pero el tiempo pasó y llegó el momento que Tetis tanto había temido: durante su boda con Peleo, Eris, la diosa de la discordia y única que no había sido invitada, se había presentado ante los novios y, ante su asombro, lanzó entre los concurrentes **una manzana de oro**.

—Este fruto deberá ser entregado a la diosa más bella de todas.

La manzana fue así la causa primera de la guerra. Y lo fue porque Hera, Atenea y Afrodita quisieron para sí tan precioso fruto, al creerse cada una con más derecho que la otra. Como no deseara ningún dios inclinarse por ninguna, decidió Zeus enviar a las diosas a la Tierra, al monte Ida, para que fuera un mortal quien juzgara quién era la más bella. Dicha tarea recayó sobre **Paris, príncipe de Troya**, quien declaró vencedora a Afrodita. A cambio, ella le entregó

el amor de la mujer más bella de la tierra, Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. Paris y Helena se enamoraron y ambos huyeron a Troya. Eso enfadó tanto a los griegos que declararon la guerra a los troyanos. Menelao pidió a Odiseo que reclutara a los principales héroes. Aquiles era el primero y Odiseo comprendió que, sin él, la guerra estaba perdida.

Pero nadie sabía dónde estaba Aquiles. Tetis, inquieta, lo había mandado junto a Licomedes, rey de Esciro, que lo escondió entre sus hijas vestido con ropas de muchacha. Aquiles pasó allí un tiempo, el suficiente para enamorarse de Deidamía, una de las hijas del rey, y desposarla. También tuvo un hijo con ella, al que llamaron Neoptólemo. Pero el destino de los grandes hombres es difícil de cambiar. Odiseo, que siempre se había destacado por su astucia, había pergeñado un magnífico ardid. Vestido de mercader, se presentó ante la princesa Deidamía y sus damas y les mostró una caja que contenía joyas y también algunas armas.

—Escoged aquello que gustéis, altas señoras.

Aquiles, llevado por su instinto guerrero, escogió una espada. Fue así como Odiseo lo desenmascaró.

—Sin tu fuerza la guerra está perdida. Debes partir al campo de batalla.



Aquiles sabía que Odiseo estaba en lo cierto, que estaba llamado a luchar.

—Sea. —El rostro de Aquiles estaba sereno—. **Cuenta con la fuerza de mi brazo.**

Tetis, entristecida, entregó a su hijo las armas que le ayudarían a desempeñar grandes hazañas, armas forjadas por el mismo Hefesto y que éste había regalado a Peleo el día de su boda.

—Ni siquiera el amor de tu madre logrará salvarte. **Morirás, hijo, frente a las murallas de Troya** —sentenció Tetis con tristeza—, pero alcanzarás la gloria y tu nombre será recordado por toda la eternidad.

Tetis abrazó a su hijo. Ningún dolor puede compararse al que inundó el corazón de la diosa cuando vio partir a la flota que comandaba Agamenón, rey de Micenas, rumbo a Troya.



Durante la guerra Aquiles protagonizó grandes gestas, conquistó territorios y ganó muchas batallas hasta el punto de convertirse en el terror de los troyanos. **Un día, en el décimo año de la guerra de Troya, Aquiles decidió dejar de luchar.** La causa fue su enojo hacia Agamenón.

Era Agamenón el jefe de las fuerzas aqueas. Agamenón había tomado a **Criseida**, hija de Crises, sacerdote de Apolo, como botín de guerra. Crises rogó al rey que la libertara y la dejara volver a su lado, pero éste se negó. El dios Apolo, protector de los troyanos, envió a los griegos una plaga que les perjudicó mucho. Calcante, el profeta, lo sabía, pero antes de hablar, invocó la protección de Aquiles, pues temía que Agamenón se volviera en su contra.

—El único remedio para aplacar a Apolo es permitir que Criseida vuelva junto a su padre.

—Se hará como dices —contestó Agamenón—. Pero, a cambio de perder una esclava tan valiosa, exijo que su prima, **Briseida**, me sea entregada.

Entonces ordenó a sus heraldos, Taltibio y Euríbates, que tomaran a Briseida y se la llevaran.

Pero Briseida, viuda del rey Mines de Linerso, era la esclava de Aquiles y él la amaba. Ofendido por lo que juzgaba un agravio, **Aquiles decidió retirarse de la guerra** y retirar también a sus *mirmidones*, que luchaban bajo sus órdenes.

La retirada de Aquiles tuvo graves consecuencias para los griegos. **Pronto los troyanos comenzaron a ganar terreno** y a sembrar el pánico entre sus tropas. Néstor, un hombre prudente y sabio, pidió a Agamenón que aplacase a Aquiles y devolviera a la esclava. Así hizo Agamenón, que envió a Odiseo y a otros dos jefes para ofrecer a Briseida varios regalos y compensarle. Aquiles, obstinado, se negó a aceptar.

—Tomad vuestras naves y regresad a vuestro hogar. Seguid mi ejemplo, pues yo mismo he de marcharme.

Pero, en el fondo, Aquiles no deseaba renunciar a la gloria, de modo que invocó a su madre, Tetis, y le pidió en sus oraciones que

intercediese ante Zeus para que los troyanos se impusieran sobre los griegos. Así sucedió. **Héctor** arremetió con gran ímpetu frente al enemigo y, con un gran impulso, lo hizo retroceder hacia las playas.

—¡Apresad los barcos! —ordenó Héctor con fiereza.

Los troyanos emitieron un fuerte rugido y, lanza en mano, se precipitaron hacia los barcos. Los griegos caían muertos por decenas bajo el ímpetu de los troyanos. Sólo cuando las tropas estaban a punto de ser aniquiladas, accedió Aquiles a enviar a sus **mirmidones** a la batalla. Los capitaneaba el fiel Patroclo, al que Aquiles amaba como a un hermano y a quien había confiado sus armas.

Mientras Aquiles permanecía en su tienda, luchaba Patroclo de manera formidable. Tanto fue así que logró repeler a los troyanos y expulsarlos de la playa cuando estaban a punto de quemar sus naves. Patroclo mató a muchos hombres. También a Sarpedón, hijo de Zeus. Pero quisieron los dioses que, durante la batalla, aun antes de tomar la ciudad de Troya, **Patroclo se enfrentara a Héctor**.

Chocaron las lanzas bajo la luz del sol, brillaron las corazas, tembló la carne durante el fragor del combate. Patroclo se debatía con denuedo y devolvía golpe tras golpe con coraje y valentía, hasta que Héctor, más fuerte y experimentado, **terminó por herirle mortalmente**. Luego de haberle dado muerte, Héctor lo despojó de la armadura. Los hombres de Troya celebraron con gritos de júbilo el botín, pues sabían que dicha coraza la había forjado el mismísimo Hefesto. El gran Ajax, un hombre de gran valor que luchaba junto a los griegos, cubrió con su escudo el cuerpo de Patroclo para tapar el ultraje.



Fue Antíloco, hijo del prudente Néstor, el que dio noticia a Aquiles de la muerte de Patroclo y del funesto despojo. Sabiendo Tetis que Aquiles debía volver a la lucha, acudió a Hefesto y le pidió nuevas armas para su hijo. Amanecía cuando la diosa llegó junto a las naves para entregar a Aquiles las armas forjadas por el dios. Al ver las mortíferas armas, hábilmente labradas, los hombres retrocedieron de espanto. Aquiles, en cambio, sintió que su hora estaba más próxima que nunca. **Pero antes vengaría la muerte de Patroclo.**

Tetis alentó a su hijo para infundirle valor y vertió unas gotas de néctar y ambrosía sobre el cuerpo del difunto para que no se corrompiera.

Aquiles vistió su nueva armadura y convocó a los aqueos. Cuando todos hubieron llegado, habló el héroe.

—Escuchadme bien. Ha llegado el momento de dejar atrás esta disputa. Desde ahora, renuncio a la cólera. Sabed que salgo raudo al encuentro de los troyanos.

Aquiles subió a su cuadriga y se dirigió al campo de batalla. Pero Janto, su caballo, al que Hera había dotado de voz humana, habló.

—No será hoy, pero la hora de tu muerte se halla cercana. Aunque corramos como el viento, no podremos salvarte, pues tu destino es caer a manos de un dios y de un hombre, al igual que cayó Patroclo a manos de Héctor como venganza de Zeus por la muerte de Sarpedón.

Las Erinias cortaron la voz al caballo. Aquiles, indignado, le respondió.

—No necesito que me recuerdes mi muerte. Sé que pronto llegará. Aun así, combatiré a los troyanos hasta el fin de mis días.

Así hizo. En el campo de batalla fueron muchos los hombres que cayeron atravesados por su lanza y espada, tantos que Escamandro, el dios del río, se irritó con Aquiles e intentó ahogarlo —sus aguas no podían fluir a causa de los cuerpos que se amontaban sobre su cauce—. Pero Aquiles se salvó gracias a la



intervención de Hera y de Hefesto y continuó la lucha sin olvidarse de Héctor, a quien buscaba entre el enemigo.

Al fin, la diosa Atenea, tomando la forma de Deífobo, hermano de Héctor, persuadió al troyano para que luchara contra Aquiles. Antes de partir para la lucha, Héctor besó a su padre y se despidió de Andrómaca, su esposa, y de Astianacte, el hijo de ambos. Con el rostro sereno, traspasó las murallas de la ciudad sitiada y salió al encuentro de Aquiles.

Relució de nuevo el bronce bajo la luz de la mañana. **Héctor y Aquiles se situaron frente a frente** sin desviar la mirada. No había mortal que se hubiera atrevido a desafiar a Héctor. Pero no era Aquiles un simple mortal, sino el mejor de los héroes que forjaría la historia.

Los dos guerreros se aproximaron, preparados ya para el combate. Aquiles asestó un golpe de lanza, que Héctor esquivó con habilidad. Héctor levantó su mortífera arma, pero Aquiles fue más rápido. Luchaban ambos con denuedo, hasta que un golpe de Aquiles quebró la lanza del troyano. Ya sólo tenía éste su escudo y su espada para protegerse de la fuerza sobrehumana de Aquiles. Pero Aquiles era noble y apartó su lanza. Las espadas chocaron. Héctor arremetió con tanta fuerza que arañó la coraza de Hefesto. Aquiles asestó un nuevo golpe, tan fiero que Héctor trastabilló y perdió su escudo. Buscó Héctor la punta de la lanza rota, y así se debatía frente a Aquiles, que devolvía incansable golpe tras golpe. Finalmente, Aquiles arrebató a Héctor la punta de su lanza y la clavó bajo el hombro, por encima del corazón. Cayó Héctor de rodillas frente al formidable adversario y éste le asestó el golpe final, como antes él mismo lo asestara a Patroclo.

Pero la venganza de Aquiles no terminó con la muerte de Héctor. Obviando todo acto de compasión, **tomó por los tobillos el cuerpo y lo ató a su carro**. Después lo arrastró entre el polvo para deshonrarlo y, cuando acabó, lo dejó expuesto a la voracidad de las alimañas, pero Apolo, apiadado, las alejó.

El ultraje hacia el cuerpo de su hijo afligió mucho a **Príamo, el padre de Héctor**, y a Hécuba, su madre. Cuando habían pasado ya



doce días desde la muerte de Héctor, Príamo fue a la tienda de Aquiles y, aunque era un rey, se humilló ante él.

—Devuélveme el cuerpo de mi amado hijo, el primero. Permíteme honrarle y hacer por él un funeral digno de un príncipe.

—No. —El rostro de Aquiles se oscureció—. Él mató a Patroclo, mi compañero y amigo.

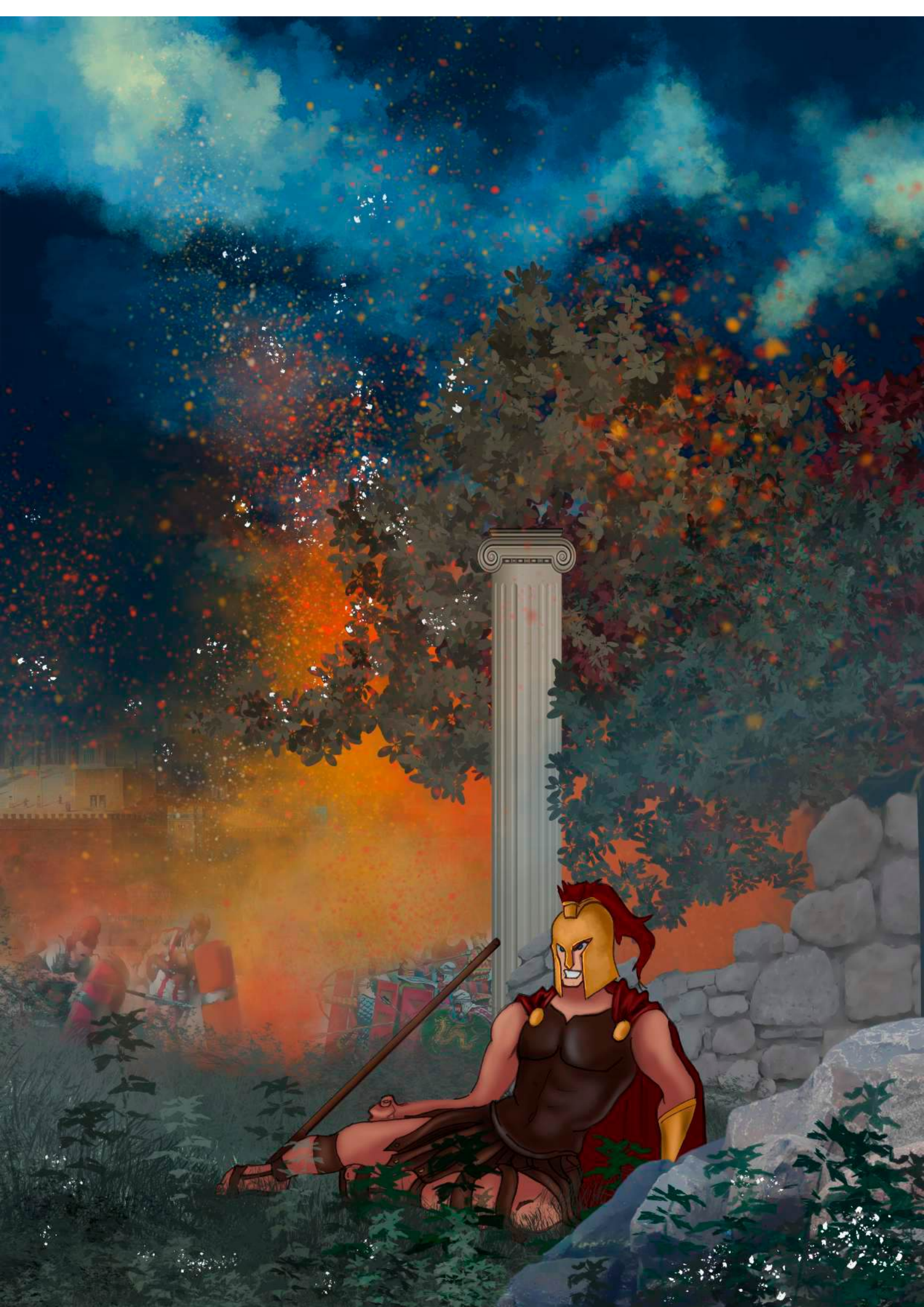
—También tú mataste. ¿Cuántos amigos, primos, cuántos padres, cuántos hijos, cuántos hermanos cayeron bajo el ímpetu de tu brazo? —inquirió Príamo.

Aquiles miró al anciano. Persuadido al fin por los argumentos de Príamo y por su notoria aflicción, Aquiles accedió a devolver el cuerpo de Héctor a su padre. También se comprometió a no herir a los troyanos que salieran a buscar leña para encender su pira funeraria.



Tras los funerales de Patroclo, que se conmemoraron con juegos deportivos, carreras de carros y combates, la guerra continuó. Aquiles siguió acumulando victorias, pues dio muerte a Penthesilea, la reina de las amazonas, y a Memnón, rey de los etíopes, que habían acudido en auxilio de los troyanos. Pero fue el amor quien, finalmente, derrotó a Aquiles.

Aquiles, en efecto, se había enamorado de **Polixena, hermana de Héctor y Paris**, durante un encuentro fugaz. Hécuba, su madre, le había prometido su mano a cambio de que influyera sobre los aqueos para dar fin a la guerra. Pero en el templo de Apolo, donde debía reunirse con la princesa, **Aquiles cayó en una emboscada**. El dios Apolo, que no amaba al hijo de Tetis, guió el dardo que lanzó Paris hacia **su talón, el único punto que no fue bañado por las aguas del Estige**, pues era el sitio por donde la diosa Tetis había sujetado a su amado hijo para evitar que el río se lo llevara.



El gran Ajax recogió el cuerpo de Aquiles, del mismo modo que antes había recogido el de Patroclo.

Tetis y sus hermanas lloraron la muerte del héroe durante diecisiete días. También las musas lloraron la muerte de Aquiles. Tras su cremación, sus restos se mezclaron con los de Patroclo. Allí reposan, en una bella tumba junto al mar.

Así finaliza la historia de Aquiles, *el de los pies ligeros*, el héroe cuyo nombre será recordado por toda la eternidad.

FIN

La autora

Alicia García Herrera

Alicia García-Herrera es doctora en Derecho por la Universitat de València y máster en mediación y gestión de conflictos por ICAV-CEU. Durante varios años ha ejercido como profesora universitaria en las asignaturas de Derecho Romano y Mercantil. Es abogada especializada en Derecho societario y mediadora en materia de organizaciones. Autora de publicaciones jurídicas en materia de distribución comercial, mediación y transparencia deportiva; de trabajos de crítica literaria, cuentos infantiles y relatos cortos, algunos de ellos premiados.

Sus inicios en el mundo de la literatura se producen en 2012 con la obra “Rosa”, seleccionada como finalista en el XIII Premio de Narrativa de la Dirección General de la Mujer. En 2015 publica su primer libro infantil, “Cuentos para una tarde de lluvia”, presentado en las Ferias del libro de Valencia y Madrid. En 2017 obtiene el segundo premio de narrativa relato histórico Museo L’iber con el relato “Los cuatro inmortales” y el Primer Premio de Narrativa de la Dirección General de la Mujer, con el relato “Calle Progreso”.

Es colaboradora habitual de nuestra editorial, donde ya ha publicado varios libros. Nos encanta contar con Alicia y que comparta con nosotros todas sus ideas.

Email de contacto: aliciagherrera@icav.es



La ilustradora Cristina Vaquero

Cristina Vaquero es una joven ilustradora madrileña nacida en 1996.

Empezó a trabajar en el 2013 y no ha parado desde entonces. Durante este periodo ha realizado diferentes trabajos y encargos para particulares, publicado además en la revista “Erial Magazine”, como dibujante y colorista del cómic Tecnooops.

Trabaja también como diseñadora en Marketing externo, publicando sus trabajos con la Editorial Apache, en los libros de “Antología de Sucesos Extraños”.

Con nuestro proyecto editorial ha comenzado a colaborar con este libro, y ya está ilustrándonos alguno más. Su trabajo encajan perfectamente con nuestro estilo y estamos muy contentos con sus ilustraciones. Esperamos que también os gusten a vosotr@s.

Si queréis conocer más trabajos suyos, no dejéis de visitar su web:

<http://www.cristinavaquero.net>

Email de contacto:

cristina.vaquero.ilustraciones@gmail.com



La editorial



WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

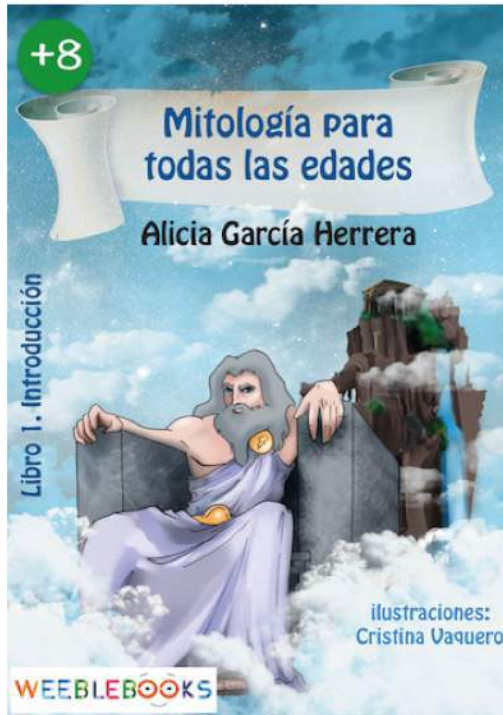
Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

Mitología para todas las edades

Descarga toda la colección ¡GRATIS!



WEEBLEBOOKS

www.weeblebooks.com

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar
Viaje a las estrellas
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón

Alba descubre Andalucía
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a Van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El Lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía

Cómo leer los libros



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com



Nuestro vídeo



Visita nuestra web

WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: Alicia García Herrera
Ilustraciones: Cristina Vaquero
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, octubre 2017



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>